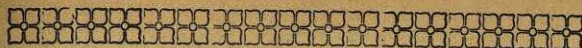


ble ansiedad le apretaba el corazón. Descendiendo al fondo de su espíritu, encontraba que esta ansiedad tenía por principio el mal causado por los detalles de la vida de Paulina en el campo, de los que la señora de Scilly había sido eco inocente. Francisco se repetía que eran mentiras. ¡Le hubiesen producido tal acceso de remordimientos, al demostrarle que eran verdaderos, que solamente este pensamiento le agitaba cruelmente! Más débil aún se sentía para resistir la otra causa de su ansiedad, la posibilidad, una por veinte, por ciento, por mil, pero posibilidad al fin, de que la hija de la señora de Raffraye lo fuese también suya, posibilidad en la que él había pensado, que había entrevisto y que siempre le había obsesionado sacudiendo su cerebro. En los dos días antes y en los primeros momentos que siguieron al anuncio de la presencia de Paulina, no había aún comprendido que por encima del tumulto de sus locas hipótesis, estaba el punto más duro para su corazón; que el drama real estribaba en la certeza que pudiera traer una confrontación con aquella niña, de la que siempre había huído; y contra esta certeza y las angustias de la espera que evocaba en él hasta el magnetismo de su gran amor por Enriqueta, resultaba impotente.



## IV

## LA NIÑA ADELA

¡Infierno de sentimientos dobles! ¡Funesto laberinto el de las complicaciones del corazón! El joven os desea en esa edad, inocente hasta en las mayores faltas, y en la que el orgullo de la vida se manifiesta por el sueño de las emociones raras, por el afán de las alegrías y de los dolores privilegiados. El hombre que ha pasado de los treinta años os odia, rindiendo culto á la verdad, el deseo se torna entonces hacia el paraíso de las afecciones sencillas. Sabe que la felicidad reside únicamente en entregar de un modo leal y absoluto todo su sér á un solo sér; entrega sin reserva, en la que no ocultamos ninguno de nuestros pensamientos, y en la que nuestras menores ideas, nuestras más insignificantes emociones, van naturalmente hacia aquel sér, como todas las gotas de agua de los ríos van al mar. Pero sabe esto demasiado tarde. Para gozar, preciso sería volver á ser el joven de veinte años que ama á una niña de dieciocho, y que se casa con ella, prodigándose uno á otro esa frescura del alma, esta virginidad del corazón que nunca ha sido destrozado; de la boca que jamás ha mentido, de los sentidos á los que ninguna fiebre culpable ha abrasado.

¡Cuántos han menospreciado estas humildes delicias cuando las comenzaron á sentir! ¡Cuántos han deseado coger la fruta del árbol maldito, gustar, saborear la ciencia del bien y del mal! Y estos son los que tratan de encontrar después estas humildes delicias, pidiendo al matrimonio lo que no le han dado sus pasiones, ansiosos de virtud, de sinceridad y de inocencia. Para algunos, esta entrada en la vía derecha se efectúa sin gran esfuerzo; para otros no. Parece que las faltas anteriores les tienen prisioneros, y que una justicia vengadora les imposibilita para reconquistar lo que constituye el lote más común, casi el más vulgar.

¡Ah! ¡Cómo había Francisco apreciado el valor de esta honradez en el amor, en algunos meses de su inocente idilio! E iba á conocerle aún más, ahora que por prudencia, por debilidad, por vergüenza también y por temor ante las consecuencias de una difícil confesión, había tomado el camino de la mentira. Mentira ante su novia, con la que se condenaba á una comedia de serenidad que constituía un verdadero crimen de lesa ternura. Alimentar en el fondo una ansiedad semejante y callar, ¿no era faltar á aquel pacto del sentimiento que la raza inglesa, la raza que tiene el culto, el fanatismo de la lealtad, ha definido en esta fórmula profunda:—*for better for worse*, para lo bueno y para lo malo? ¡Mentira, frente á frente á sí mismo; pues al no adoptar una resolución sencilla y definitiva, no podría responder con toda franqueza del porvenir de sus emociones.

Aceptando en principio la idea de un encuentro con la hija de Paulina Raffraye, se preparaba al cho-

que de nuevos acontecimientos, que era deber suyo impedir. ¿Acaso una vez que se enlazase con Enriqueta no estaba obligado á que su pasado fuese cosa muerta definitivamente? Y volver á él, aun en esta forma tan dolorosa, desde el instante en que no prevenía ni á su novia, ni en defecto de ésta á la madre, era una traición que ningún sofisma podía justificar. Por otra parte, aquellos nuevos acontecimientos ante los que se dejaba caer con una mezcla tan particular de aprensión y de remordimiento, no le dieron ocasión para librarse de sus escrúpulos. Fueron demasiado rápidos. Se encontraba sacudido, agitado, conmovido por las impresiones más fuertes que no había podido prever. Originóse la primera de un accidente natural. Francisco, sin embargo, no había pensado en ella durante las horas empleadas en preguntarse cómo soportaría el encuentro con Paulina Raffraye y su hija, ya estuviese él solo, ya en compañía de las señoras de Scilly. No había imaginado la tercera hipótesis: la de que Enriqueta y la Condesa encontrasen á la niña antes que él, que se interesasen por ella, que la hablasen, y que la primera noticia exacta acerca del doloroso enigma de su origen, llegara á él por la voz que había traído la paz dichosa á su corazón, aquella dulce voz algo apagada, tan musical en su temido murmullo, tan querida por el joven, ¡y que tanto mal le iba á hacer!

No habían pasado cuarenta y ocho horas, desde que el desdichado joven se había dado cuenta del verdadero motivo de su agitación, y comprendía con remordimiento que á su temor de ver á la hija de Paulina se mezclaba una curiosidad, un secreto

deseo, casi una necesidad. Estos dos días, y estas dos veladas habían pasado en la intimidad tranquila de costumbre, en la apariencia al menos, sin que él demostrase en su actitud nada que revelase su estado. Pero, ¿qué había llegado á ser de aquella verdad del corazón, de aquella unión en la recíproca confianza, de aquella dicha y aquella honradez de sus relaciones, de las que él estaba tan orgulloso? Era una mañana hermosa, azul y transparente de las de Sicilia, y como á pesar del tumulto de nuestros dramas morales, la vida nos envuelve siempre en sus exigencias diarias, Francisco había salido solo, para firmar un documento, á casa de su banquero.

Esta soledad de una hora le había servido de consuelo. ¡Prueba del estrago tan pronto producido en su amor por la hipocresía á que se había decidido! Como aquella mentira le pesaba ya, se arrepentía de no haber seguido su primer impulso. Si hubiese hablado, tal vez la señora Scilly, que él sabía era capaz de las más enérgicas resoluciones, se hubiese decidido á partir en su compañía á otra ciudad de invierno, por lo menos á un viaje de algunas semanas, arrancándole de aquellas malaventuradas imaginaciones que se acrecentaban con tal fuerza aquella mañana. Dudó si para ir á casa del banquero y para volver al hotel, seguiría en parte el mismo camino que aquel otro día, cuando regresaba también solo de su delicioso paseo á la villa Tasca. ¡Qué contraste entre las dos mañanas! ¡Qué alegre entonces, cuando él no sospechaba la proximidad de la mujer, que después de haber sido el genio del mal de su primera juventud, comenzaba de nuevo á emponzoñar la felicidad de la

segunda...! El mismo delicioso paisaje se desarrollaba á sus ojos. Las mismas ondas azules, apenas bordeadas de un poco de espuma, se deslizaban por el estanque, sobre el que se balanceaban las blancas velas y las blancas gaviotas. Los mismos palacios con sus señoriales terrazas. El mismo bosque de mástiles llenaba los dos puertos. Allá abajo la hermosa forma de la montaña, con cuya roja cúspide protegía la bahía, y las mismas palmeras verdosas sobre los mismos sitios llenos de luz. En las estrechas calles las mismas losas blancas resonaban al trote de los caballos y asnos enganchados á las mismas carretas pintadas de rojo, y conducidas por los mismos campesinos con caras de árabes, y de ojos negros en una tez aceitunada.

¡Cuánto había cambiado Francisco en tan poco tiempo! Tenía allí delante la evidencia del trabajo de desorganización efectuado en pocos días, casi en algunas horas, en su destino presente, por el engaño y por la idea fija, un verdadero movimiento brusco de rebelión contra sí mismo. Mas era demasiado tarde para decírselo todo á la señora Scilly. Se moriría de vergüenza al confesar sus antiguas faltas, y el silencio mentiroso de los últimos tiempos... Además, hasta tanto que no se efectuase la prueba del encuentro con la niña, ¿qué podía él saber de sus sentimientos por ella? Podía dar la casualidad de que ella llevase en su rostro un parecido con Francisco Vernantes, por ejemplo.—¡Justo Dios! ¡Qué tranquilamente dormiría la noche siguiente de poseer la prueba de que no se había engañado condenando á Paulina, y de que la niña no llevaba una sola gota de

la sangre de él en sus venas! La herencia tiene estas evidencias. En su marcha á lo largo de las aceras y en su espera después en casa del banquero, se entregaba á esta hipótesis que significaba para él el reposo inmediato.

Recordaba algunas niñas que él conocía nacidas de una unión adúltera, y casi iguales á su verdadero padre por los rasgos de la cara, la estructura de los miembros, el color de los cabellos y el de los ojos. Pensaba de demasiada buena fe para no confesarse que parecidos tan extraordinarios son muy raros. La herencia abunda en inexplicables misterios que hundan más en nuestro corazón la aguda punta de la duda. Sólo una madre puede tener seguridad de que sus hijos son suyos. Han salido de sus entrañas. Ella sabe que son hueso de su hueso, carne de su carne. Ella lo sabe y les toca y les estrecha contra su seno con esta certeza, necesidad apasionada que la religión ha puesto como una base eterna de la felicidad de los elegidos. En el juicio final todas las conciencias serán transparentes. También Francisco había recordado que en el curso de sus conversaciones con Enriqueta había expresado varias veces su cándido entusiasmo por este dogma. Estaba tan segura de sus afecciones —decía,— que pensaba en la muerte con completa serenidad, y añadía con una mirada de piedad, que la muerte debía ser una gran pena para los que no estuviesen seguros de los corazones á los que amaban. Sentía el joven un gran encanto repitiendo frases semejantes, en las que encontraba un motivo más para adorar á su novia. El recuerdo que de ellas tenía en aquella mañana de ansiedad y en medio del hermoso

paisaje, había acabado de perforarle el corazón, y sobre este corazón ensangrentado cayeron, al entrar Francisco en el salón, las palabras de su novia que llevaron al último extremo sus amargas meditaciones de aquella mañana y su angustioso sobresalto.

—Nos encuentra usted un poco conmovidas,—dijo la señora de Scilly, después de los primeros saludos. —A Enriqueta, sobre todo. ¡Acabamos de asistir á una escena tan melancólica!

—¿Han salido ustedes, pues?—respondió Francisco esforzándose por adoptar un tono de alegre reproche, y dirigiéndose á Enriqueta:—¿Es esto razonable con la predisposición que tiene usted para la jaqueca? ¿De manera que tan pronto como yo me marché?...

—No me riña usted,—interrumpió la joven.—Mamá había escrito mucho. Yo estaba mejor. Hemos bajado al jardín del hotel á tomar el aire. Entre paréntesis, ¿usted sabe que somos muy injustas con ese jardín?

—El *Tennis* me disgusta,—dijo el joven,—y la capilla inglesa, y las señoritas que están siempre allí, en ademán de hacer una acuarela cerca de los grupos de eucaliptos, y el bosque de bambús, el paseo de las palmeras y el tempietto (1) copiado de los griegos como el juego de la oca.

—Precisamente,—respondió Enriqueta,—esta mañana no había nadie, excepto en uno de los bancos, ya sabe usted cuál, el del ángulo del fondo cerca del invernadero, en que estaba una niña con su niñera. Sé que no le gusta á usted ese calificativo de ángel

(1) Pequeño templo.

del que tanto abusan todas las mamás. Pero no hay otro más apropiado para esta niña tan fina, tan delicada. Tendrá nueve ó diez años, y largos bucles rubios, de ese rubio con reflejos sombríos que sus enemigos de usted los ingleses llaman *auburn* (1). Por los cabellos he reconocido á la niña que había visto el otro día en ese mismo jardín. La había tomado por la hija de esa señora enferma que aquella vez la llevaba de la mano; nuestra vecina del piso tercero. Y no me equivoqué. Pero esta vez he podido verle la cara. No puede usted figurarse criatura más adorable: pequeña, graciosa, con ojos oscuros de extraordinaria dulzura y una tez del color de esas rosas. Y mostró unas rosas pálidas, con matices de un amarillo delicado, y de las que Francisco tenía un grupo en la mano. Las había comprado al vendedor de flores establecido al aire libre en la plaza, por costumbre un poco y mucho, sin duda, á fin de encontrar de qué hablar cuando entrase.

—Pero—insistió Enriqueta.—Hay una razón poderosa para el interés que me ha inspirado en seguirla. Se parece de un modo maravilloso á ese ideal retrato de su hermana de usted cuando tenía diez años y que tanto nos gusta.—¿No es verdad, madre?

—Hay parecido—dijo la señora de Scilly.—Se da un aire realmente. Pero yo no tengo como tú la manía de los parecidos, y además, esos niños demasiado nerviosos y sensibles, se parecen todos.

—No, no;—replicó Enriqueta.—Hay algo más que un aire; y estoy segura que Francisco, cuando vea á

(1) Color castaño claro.

la niña, recibirá la misma impresión. ¿Esto hubiera bastado para que yo la mirase de otro modo que á las otras niñas, no es verdad? Pues adivine usted á qué jugaba. Tenía entre sus brazos una muñeca casi tan grande como ella, la envolvía en abrigos y chales para llevarla á paseo, hablándole entretanto y dándole consejos con una ternura sin fin. Lamentábase de que la niña estuviera enferma, muy enferma. La recordaba que los médicos la habían enviado á Sicilia para curarse, que estaba muy lejos, y que por lo tanto era preciso aprovechar el viaje, y guardarse del viento y sobre todo acostarse al sol. La regañaba por haberse quedado la víspera fuera hasta muy tarde, diciéndola que por la noche había tosido, y que Anita había debido levantarse de la cama. Anita es su niñera. En fin, todas las recomendaciones, casi con los términos técnicos con que ella había oído á los médicos hacerlas á su madre. Tanto á mamá como á mí nos ha conmovido lo que no es decible esta niña, que emplea tales frases hasta en sus juegos y que demuestra hacia su hija, como ella llama á su muñeca, una verdadera pasión. He sentido tanta lástima por esta pobre niña, que he querido hablarla. Nos hemos aproximado sin que nuestra presencia la atemorizase y he intentado acariciar los bucles de sus cabellos dorados. Volvióse toda encendida y sus ojos brillaron como los de una cierva salvaje. Cogió su muñeca y se precipitó á las faldas de la anciana niñera, la cual quedó confusa ante la aversión que la niña mostraba por nosotras. ¡Es tan salvaje!—repetía.—Y como yo insistiese preguntándole:—¿Cómo se llama usted, señorita? Responde,—la dijo la niñera.—Adela Raffra-

ye. Y desesperada de que la niña ocultase el rostro con ese *se* indefinido propio de las gentes del pueblo, y que también emplea nuestra vieja Margarita, añadió: Es que *se* está tan poco acostumbrada á ver mundo, *se* ha pasado tantos años en el campo... Sin embargo, *se* es bastante agradable cuando *se* quiere. Yo--continuó Enriqueta riendo--que tengo la pretensión de ser tan simpática á los niños y á los perros, he quedado humillada de este descalabro y ha sido preciso partir sin volver á ver los lindos é irritados ojos de Adela. Después, con una nueva emoción en su voz, añadió:—¿No encuentra usted muy melancólica esta niña, que juega á que tiene la muñeca enferma, enferma de la misma dolencia que la dejará huérfana á ella mañana quizás, en ocho días, en algunos meses?

Había Enriqueta narrado esta infantil historia con una ternura claramente sincera. Había allí la poesía de su espíritu novelesco, siempre dispuesto á sacar un encanto y una gracia de los cuadros más insignificantes de la vida cotidiana. Es una facultad de artista, una magia de interpretación que ciertas mujeres llevan en el corazón, como los escritores y pintores en el cerebro. Las que, como Enriqueta, son sencillas, ocultan habitualmente sus impresiones de esta naturaleza con un pudor infinito. La hermosa y noble criatura amaba tanto á Francisco, que éste no se reía jamás de semejantes confianzas, como alguna vez hacía la Condesa, y ella estaba acostumbrada á verle indulgente, emocionado, para creer que este relato le hiriese tan vivamente. Quedóse Francisco conmovido con efecto sin encontrar otras

palabras que estas: — ¡Pobre niña! ¡Pobre niña! —¿No es verdad—repitió ella—que esto es una cosa que aflige?

—Sí... que aflige—respondió Francisco.

Y esta frase para él era cruelmente verdadera. Después de las reflexiones en que durante la mañana se había hundido, la sola noticia del encuentro de su novia con la niña le hubiese ciertamente agitado. Pero al darle cuenta de él, Enriqueta le hablaba en seguida del parecido extraordinario que existía entre la niña y el retrato de su hermana Julia, y esto era un golpe directo; una punzada en la parte más delicada de su sér. Loco de inquietud y ansioso de reconquistar la paz íntima, acababa durante más de una hora de complacerse en la idea de la herencia y de sus misteriosas revelaciones, diciéndose que curaría muy pronto de este inexplicable malestar que le invadía, si en la fisonomía de la niña encontraba un ligero parecido con los rasgos ó los gestos de su rival, por el que había roto sus relaciones con Paulina. Y he aquí, que acababa de saber que, con efecto, dicha fisonomía tenía parecido con otra, pero no con la de Francisco Vernantes... ¡Ah! La comedia de tranquilidad en la que desde algunos días se ejercitaba, se hacía más difícil después de esta conversación.

Se hubiera hecho traición pronto si, por fortuna para su reposo, no hubiese Enriqueta empezado á sufrir los comienzos de aquella jaqueca, á causa de la que él la había reprendido amigablemente por su salida de la mañana. ¡Por fortuna! ¡El que se inquietaba de una manera casi loca por un poco de palidez

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA U. N. L.  
"ALFONSO RUIZ"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

de las mejillas de su novia, por algo de fatiga!... La veía débil, amenazada en su vida física, y sentía la fuerte emoción común á todos los que aman á uno de esos seres delicados, que parece van á quebrarse al más leve soplo. Pero aquella tarde la indisposición de su novia le dejaba libre de nuevo, y Francisco tenía necesidad de este aislamiento para mirar frente á frente aquella nueva é inesperada fase del singular problema que el azar parecía complacerse en ponerle delante. Ya en su cuarto, experimentó un acceso de ansiedad tan violento como el de la primera tarde en que la nube que se cernía sobre su cabeza había aparecido en su cielo azul. Dicha tarde encontró ánimos contemplando el retrato de su novia. Ahora sus ojos y su espíritu se fijaban sobre otro retrato, sobre el de su hermana; pero en vez de energía sentía su ánimo abatido.

Aquella fotografía, á la que Enriqueta aludió, databa de época muy lejana. De vivir entonces la señora Archambault, tendría cuarenta años, y en el retrato sólo tenía diez. El color de la confusa imagen había palidecido. Los rasgos de su rostro y las líneas de sus manos amarilleaban. Las arrugas del traje tenían carácter tan antiguo como el corte del mismo, que remontaba á la época en que las niñas usaban la extravagante crinolina. ¡Cómo removía esta humilde reliquia los recuerdos punzantes, los tristes sucesos y las amarguras en el corazón de Francisco! El nombre del fotógrafo y el del sitio le recordaban un largo y pacífico verano pasado junto al mar con Julia y sus padres, que parecían llenos de vida; y en una playa de la Bretaña, á la que él jamás había vuelto.

Volvía á ver á su compañera de entonces, á aquella linda hermana mayor, tan seria ya, tan protectora, en disposición de jugar con él sobre la arena de la playa, á juegos serios, casi silenciosos.

Ella odiaba los movimientos bruscos, las diversiones ruidosas, el desorden, las caras nuevas, y su entretenimiento favorito era hacer de mamá con él, tratándole como Adela Raffraye trataba á su enorme muñeca. ¡También esto era propio de los gustos de Julia, la minuciosa envoltura de una muñeca enferma, así como el alejamiento salvaje ante la caricia de una desconocida! ¡Ah! Si el parecido de que le había hablado su novia era algo más que una analogía de delicadeza, si estaba verdaderamente escrito en las facciones de Adela, él no tendría necesidad de ver dos veces á esta niña. Una mirada, un segundo le bastarían. ¡Llevaba tan presente en la memoria á su hermana, en todas las edades, desde aquella lejana época!... ¡Se habían querido tanto! ¿Por qué no la tenía allí para aconsejarle, para ayudarle á soportar el horrible peso causado con las palabras de Enriqueta, para decirle cuando vieran á la niña:—¡Sí... tiene nuestra sangre—ó—no... no tiene nada de nosotros! —Francisco la creería... y ¡en cambio, tenía que revolverse sin cesar en el círculo maldito de la duda solitaria y silenciosa, á menos que el tal parecido fuese tan exacto, tan elocuente que no permitiese dudas! Sin embargo, aun las tendría... Aquella mañana ya se había repetido... Y en ese caso... ¿En ese caso? ¿Sabía por ventura cuáles podrían ser sus emociones ante una circunstancia en la que jamás había pensado? Había creído poseer la verdad, consideran-

do á Paulina como un monstruo con el que la única victoria estaba en la ausencia y en el silencio. Se había dicho que la hija de Paulina no lo era de él, y huyó de las dos, de la madre y de la hija para evitar la horrible duda. Y ahora bastábale la idea de la proximidad de esta niña y de su parecido, que podía comprobarse en seguida, para que las huellas del pasado y los más seguros razonamientos cediesen ante la necesidad de conocer á la misma de la que había huído durante algunos años. Tan intensa fué la fiebre de este deseo, que por un momento pensó en subir á la habitación que la señora Raffraye ocupaba, y entrar fingiendo que se equivocaba de puerta, para verlas á ella y á la niña!

—¡Yo estoy loco!—se dijo—dejando el retrato y arrojándose en su sillón, avergonzado de haber solamente pensado en dar tal paso después del silencio desdeñoso en que Paulina se encerraba. Por otra parte, ¿qué necesidad tenía de recurrir á procedimientos de drama ó de novela? ¡Era tan sencillo hacer lo que las señoras de Scilly, bajar al jardín á las once! Probablemente la madre, demasiado enferma para poder dar un paseo largo, antes del almuerzo, no queriendo abandonar á Adela con la vieja criada, á los azares de una ciudad extraña, les enviaba á tomar el sol al jardín, bajo las palmeras cuyas copas verdeaban casi junto á sus ventanas... Sí..., era muy sencillo, y muy complicado sin embargo.

Desde su llegada á Palermo Francisco vivía con su novia en esa comunidad del empleo del tiempo, imprudencia tentadora de los grandes afectos. ¿Quién ha amado profundamente sin alegrarse de encadenar

su libertad con los innumerables lazos de las más pequeñas costumbres? No se reserva ni una hora, ni un pensamiento, y cuando se tiene necesidad de independencia, esa hora sólo se encuentra, como Francisco, empleando miserables subterfugios. Semejantes astucias son fecundas en rebeliones para los que comienzan á amar menos y para los que al verse obligados á engañar sienten el peso de una cadena. Los que están verdaderamente enamorados, sufren con ello como con un remordimiento, y al través de estas incoherencias de una sensibilidad llegada á un punto irritable en demasía, el joven no cesaba de amar apasionadamente á Enriqueta. La amaba, y continuaba, con esta incomprendible lógica de las situaciones falsas, redoblando la traición del alma que representaba la dualidad de las emociones actuales, por vergonzosas mentiras, no ya de silencio ú omisión, sino de hechos como el que aquella misma noche imaginó, para poder bajar al jardín al día siguiente.

—Me he olvidado de decir á ustedes—dijo en la mesa—que mañana por la mañana me veré obligado á dejarlas salir solas, pues tengo que volver á casa del banquero, por haberme opuesto algunas dificultades respecto á un cheque...

—Le llevaremos á usted allí—respondió la madre, —y le esperamos abajo en el coche.

—Eso estropearía su paseo,—dijo Nayrac.—¡Esos sicilianos son tan pesados! Puede que me detengan media hora.

—Nada más fácil que conciliarlo todo,—dijo Enriqueta.—Le llevamos á usted á casa del banquero, y nosotras nos vamos al jardín inglés que no está lejos



en el carruaje; damos después la vuelta y se une usted á nosotros tan pronto como sus *maffiuse* le dejen libre. ¡Ya ve usted que sus lecturas me aprovechan!

Ciertamente, la joven no hubiese bromeado así, á propósito de su inocente erudición sobre el término *mafia*, siciliano y los afiliados á esta misteriosa sociedad secreta, de sospechar que en aquel momento su novio cometía el más mezquino y triste de los crímenes del amor; el abuso de confianza del corazón. Era Enriqueta muy sagaz, y sobre todo tenía una aguda penetración para leer en las menores inflexiones de la voz de su novio, y comprendió que la combinación propuesta por su madre le disgustaba. ¿Pero no era natural que él se opusiera por motivo de la enfermedad de la condesa, á que ésta esperase largo tiempo en un carruaje abierto y en completa inmovilidad y que deseara para ella el beneficio de uno de aquellos largos paseos de los que siempre volvía un poco más animada? Esto fué lo que Francisco dijo á su novia cuando quedaron solos por espacio de unos diez minutos.

Temía que la sospecha se desarrollase en aquel corazón inocente, é iba á probar en el culpable camino á que se arrojaba cuán fácil y cuán difícil es abusar de una mujer que ama; difícil por que nada se le escaja; y fácil, porque los más irracionales pretextos le parecen verdaderos viniendo del que ama; hasta el día en que descubre que la ha mentido una vez, y entonces ¡qué agonía! Por el momento, aunque Francisco se avergonzase de nuevo ante su cándida novia, esta vergüenza no impedía que le invadiese una fiebre de impaciencia á la idea de su libertad de acción asegu-

rada para la mañana del siguiente día. ¡Con tal que aquella astucia no le resultase inútil! ¡Con tal que la niña se encontrase en el jardín sola!... Pasó la noche con esta preocupación, y forzoso es decirlo, sin remordimiento.

Nos perdonamos muy pronto los compromisos de conciencia, si gracias á ellos satisfacemos nuestra pasión y nos ahorramos disgustos. El sofisma es tan tentador, que convierte en deberes ciertas mentiras, cuando la verdad resultaría demasiado cruel, aunque llega siempre un momento en que reconocemos que esta crueldad habría causado menos estragos. Entretanto, nos felicitamos de nuestra hipocresía como de un proceder delicado. Tal hizo Francisco cuando Enriqueta y la Condesa, siguiendo el programa convenido, le dejaron en el pórtico de un antiguo palacio construido por un lugarteniente de Pedro de Aragón, y sobre el frontón del que había estas palabras: «Crédito Siciliano Oriental». Despidióse Francisco con el aire más natural del mundo y se apeó. Vió desaparecer el carruaje por un extremo de la plaza, vió que Enriqueta volvía una última vez su rubia cabeza, sonriéndole cariñosamente, y entonces, subiendo á una victoria que pasaba, dió al cochero las señas del *Continental*, recomendándole fuera aprisa. Ocho minutos después estaba en el vestíbulo del hotel, atravesaba el salón y entraba en el jardín. Su corazón no hubiese latido más fuertemente si se tratase de un duelo en el que fuera adelantando hacia el cañón de una pistola apuntada á su pecho.

El pequeño jardín del *Hotel Continental*, justificaba la burla que de él había hecho Francisco la víspe-

ra por su mezcla extraña de naturaleza meridional y de anglo-manía, en la que se adivinaban las originales pretensiones del fondista. Antiguo revolucionario y desterrado á Malta el 49 y después á Inglaterra, había este hombre vuelto poseído de aquella locura por todo lo inglés, que se revelaba en él en una forma tan extraña; pues el caballero Francesco Renda, ó más bien D. Ciccio, paseaba por las calles de Palermo sus redingotes traídos de Londres, su sombrero de la misma procedencia, sus corbatas de Londres también, y con una roja cara de gentlemán venido de la India, copiada de una caricatura del *Punch*.

Servía en su fonda de reclamo viviente, y aparecía retratado á pluma y á lápiz en los innumerables libros de viaje editados en Londres, que constituían en la biblioteca del salón del hotel sus verdaderos títulos de gloria, sin contar con que este bienaventurado anglomaniaco se permitía en ciertos casos sustituir el *bill* á la lista y detallar los gastos de sus huéspedes por *schillings* en vez de francos. Con el tennis en la tierra pisada al lado de las palmeras, con la coqueta capilla protestante de arquitectura gótica entre los bambús, con la profusión de *Rocking-chairs* y de periódicos de ocho páginas amontonados en la especie de azotea que terminaba el salón en invernadero, el jardín parecía un campamento anglosajón en un país del África. Aquella mañana Francisco no pensó en ejercitar su antipatía contra aquello. Marchó directamente hacia el paseo solitario cercano al *Temppietto*, de columnas imitación dórica, cerca del cual Enriqueta y la señora Scilly habían visto á Adela Raffra-ye la víspera y á la misma hora. El paseo estaba de-

sierto. Dió la vuelta á la capilla, rodeada por un seto de aloes, á los que las largas espigas amarillas hacen parecer salvajes árboles trasplantados. Un acuarelista trabajaba en un lienzo sobre el que Francisco no arrojó ni una mirada al pasar. Volvió á la otra extremidad, á la plaza destinada al *tennis* y cerrada por una red metálica. Allí jugaban á la pelota dos jóvenes ingleses y dos inglesas, cuyos trajes tradicionales de franela blanca iban y venían metódicamente en la luz de aquel sol siciliano, como hubieran ido entre la bruma de cualquier *Watering-place* de la Isla de Wight ó de Kent. Francisco quedó inmóvil, alucinado, con una parálisis de todo su sér que jamás había sentido y que jamás sentiría. Entre los espectadores diseminados en torno de aquella partida de pelota acababa de reconocer á la niña que buscaba.

¡La acababa de reconocer y no la había visto jamás! Enriqueta tenía razón; más de lo que ella pensaba, Francisco tenía delante resucitada y viva á su hermana Julia, tal como el retrato la representaba, tal como él la guardaba en sus recuerdos. Adela Raffra-ye,—Francisco no dudó un segundo de que era ésta,—estaba en pie, apoyada en el tronco de un gigantesco eucalipto descortezado, de hojas largas y como charoladas. Cerca de ella, su muñeca,—su muñeca enferma,—estaba sentada en una silla mostrando sus mejillas rojas que contrastaban con los trapos que envolvían su cuerpo de porcelana. En otra silla, una niñera anciana, Anita sin duda, hacía media, moviendo las agujas entre la lana azul sin levantar los ojos de su trabajo. La niña absorta en el juego, parecía estática.

El movimiento de su cabeza acompañaba el de las pelotas de un modo tan exacto como los números pronunciados por los jugadores. Colocado como estaba en el ángulo opuesto del paralelogramo dibujado por el campo del tenis, Francisco no perdía uno solo de los movimientos de los párpados de la niña. Los cabellos de ésta, rubios con reflejos oscuros, los cabellos de Julia cuando era niña, formaban un manto que ondulaba, y que el viento hacía temblar sobre sus delgados hombros. La fragilidad de aquel cuerpo nervioso se adivinaba bajo el vestido de lana azul que dejaba ver sus piernas delgadas cubiertas con medias negras. Un cuello de encaje rodeaba su pescuezo, delgado también, y el ala de un sombrero de fieltro azul daba sombra á aquel rostro, en el que resplandecían dos ojos garzos muy grandes, de esos ojos donde se lee un alma precoz. Francisco observaba todos estos detalles con la fijeza devoradora y espantosa de un hombre que no quiere creer en la realidad de lo que ve.

Aquel cielo azul, aquel verde jardín, aquellas gentes reunidas, no eran más que la decoración donde la niña se le aparecía tan extraordinariamente parecida á la otra, á su querida muerta, que en el primer estremecimiento de la sorpresa, sin necesidad de lo dicho por Enriqueta, no hubiese podido establecer diferencia alguna entre ellas. La boca entreabierta de Adela tenía en su lindo perfil el mismo gracioso defecto que la de Julia; el labio superior un poco corto y descubriendo á medias el esmalte de sus dientes. El corte de la cara un poco largo y el de la barbilla recordaban también á Julia con una identidad fantástica.

¡Era la misma, una Julia más frágil, más delicada aún! ¡Cómo no había de ser frágil la hija de la angustia y del luto, la hija que estuvo en las entrañas de una madre disgustada, llena de odio y de remordimientos y que quiere, sin embargo, vivir para el sér que siente moverse en ella! La llama de la fiebre de una vida obstinada y voluntariosa flotaba en torno de aquel rostro pálido pero ya expresivo, en aquellas pupilas brillantes, donde resplandecía en aquel momento una intensa curiosidad, siguiendo sin cesar el giro de las pelotas: si se hubieran apartado de allí se hubieran encontrado con otras pupilas llenas de compasión, de aturdimiento, de ternura, de todo lo que puede asomar á los ojos de un hombre ante la evidencia, la revelación de su sangre.

¿Cuanto tiempo duró esta contemplación? Apenas algunos minutos, como Francisco pudo notar cuando fué interrumpida; pero permaneció allí una hora entera olvidado de todo ante aquel singular parecido. Se olvidaba de que las señoras Scilly le esperaban y de la consecuencia fatal que tendría la sospecha sola de su escapada, si por ejemplo los criados de la Condesa le sorprendían. Olvidaba hasta que la señora Raffraye podía bajar al jardín de un momento á otro, y que era probable que bajase atraída por aquella hora cálida y dulce, á fin de gozar del sol junto á su hija. Experimentó un despertar casi loco de aquel medio hipnotismo cuando vió aproximarse al grupo formado por Adela y por la muñeca, una mujer en la que reconoció... ¡y con qué emoción nueva! á su antigua querida. Había debido venir por el paseo al extremo del cual él se encontraba pasar junto á él, ro-

zarle sin duda. Ni uno ni otro se habían mirado. Coincidencia trágica de ese trágico familiar é irónico á la vez que la existencia sabe crear con los más insignificantes sucesos: la niña les había impedido verse: él absorto como estaba: ella buscándola. Aunque el paso fuese bien corto, Paulina marchaba con paso lánguido y gracioso aún en aquella languidez.

El tuvo que reconocer que era la misma á pesar de su enfermedad y de los nueve años pasados. Eran el privilegio de su finura aquellas facciones que tanto había amado, aquel pálido rostro que tanto le había hecho sufrir y que estaba entonces solamente un poco más pálido; las líneas más pronunciadas de sus facciones demostraban que iban á marcarse arrugas pero aún no se marcaban. Parecía que la enfermedad había tocado á su belleza pero con piedad, ¡tanta seducción femenina guardaba aquella languidez! Era una enferma del pecho, una condenada á muerte, y tenía siempre aquel encanto de esbeltez elegante que hacía que Francisco en otra ocasión la comparase con las frágiles estatuas de Tanagra. Triste presagio y muy justo, pues tales estatuas eran destinadas por los antiguos para adornar las tumbas, y el estremecimiento del cuerpo de Paulina, envuelto en amplio manto, á pesar del sol, el tono oscuro de sus párpados, el temblor de sus labios, la tos que la sacudió por haber andado un poco, decían claramente que aquel resto de gracia pertenecía ya á la muerte. Ella misma la sentía, sin duda. Había una pasión profunda, algo de fiebre, en la mirada con que envolvía á su hija á medida que se aproximaba á ella. Sonriendo hizo un gesto de silencio á la niñera y así pudo acer-

carse á Adela sin que ésta la hubiera sentido llegar. Pasó la mano sobre la cabeza de la niña que se volvió, como había hecho el otro día á la caricia de Enriqueta, con un movimiento brusco.

Vió á su madre, y el brillo de su fisonomía, el ardor con que la cogió la mano delgada que había tocado sus cabellos, el apresuramiento con que tomó la muñeca para dejar la silla á la señora Raffraye, reveló esa afección exaltada que los niños sensibles sienten por aquellos que están amenazados de perder. No saben qué es la muerte y se diría que el instinto de su amor adivina la aproximación de las separaciones eternas. La señora Raffraye se sintió sin duda emocionada ante la ternura de la niña, pues su sonrisa se hizo más dulce. Sentóse mientras su hija comentaba los lances de la partida que continuaba con una gran monotonía y arrojó una mirada á los espectadores. Entonces vió á Francisco Nayrac que no se había movido de su sitio, jadeante de dolorosa curiosidad. Sus miradas fueron tan rápidas como una de las pelotas lanzadas por los jugadores; pero este tiempo bastó para que la mirada de Paulina penetrase en el corazón de Francisco como la hoja de un puñal.

Las pupilas grises de la mujer, que hacía aún más grises la palidez de su rostro, no habían expresado ni sorpresa, ni desprecio, ni odio, ni ningún sentimiento particular; tampoco su palidez había aumentado. Solamente la mano con que acariciaba los cabellos de la niña se detuvo para cogerlos y con la otra la atrajo á sí como si quisiera defenderla. No hay necesidad de violentas explosiones ni de frases levanta-

tadas, ni de alardes de energía para que dos seres que se encuentran así, frente á frente después de algunos años, sientan que las más poderosas emociones trágicas pasan por ellos. Paulina y Francisco se habían reconocido, y esto bastó para que un cuarto de hora más tarde, cuando él se detuvo ante la puerta del Jardín Inglés en el coche de la señora Scilly, que había ido apresuradamente á tomar, sintiese todavía un extraordinario temblor en todo su cuerpo. Apenas podía tenerse en pie. ¡Qué natural y cruel era la frase que él pronunciaba bajando del coche, cuando vió dibujarse la silueta de su novia flexible y graciosa con su claro vestido, entre los troncos de las verdes palmeras: ¡Pobre, pobre Enriqueta!...

---



## V

## POR LA NOCHE

Sí. Enriqueta podía condolerse de acoger con franqueza y amante sonrisa á su novio, á la vez pérfido y sincero, que la amaba también, pero que la había abandonado con una mentira para volver con otra; mentira grande de desdichadas consecuencias y asociada á funestas realidades. ¿Acaso él mismo no se debía lamentar también sintiendo como sentía la invasión de un temor casi insensato, cuando no podía mostrarle? Aunque la herencia esté sujeta á las más extrañas singularidades y el parecido de las fisonomías que llega hasta la identidad entre colaterales, viene á ser para cualquiera que se preocupa de estos problemas un fenómeno sin importancia; aunque Francisco Nayrac lo pensó así aquella misma mañana, recordando á Vernantes, como en una posibilidad muy natural; aunque, en fin, él estuviese, en su calidad de hombre de nuestra época, bastante familiarizado con los resultados curiosos de la ciencia para no ignorar la ley del atavismo, aquel parecido tan implacablemente acusador le produjo honda impresión: un golpe fuerte, súbito en la parte más dolorida de su sér: algo como una alucinación; no osó decir que